

LA FILOSOFIA Y LA VIDA COTIDIANA

CON frecuencia pensamos que la filosofía pertenece a una esfera trascendente que está fuera del alcance de nuestra comprensión. Llegamos a afirmar que lo filosófico nada tiene que ver con nuestro diario vivir y que debe dejarse toda especulación a aquellos que viven en un mundo no real e imaginativo. La filosofía, dicen algunos, debe dejarse a los filósofos.

La razón para que se tenga tan equivocado concepto de la filosofía está en que los que han pretendido ser filósofos han hablado casi siempre en lenguaje ininteligible al pueblo, queriendo dar la impresión que sólo los iniciados en los misterios de la filosofía están en condiciones de entender lo que se expresa por medio de símbolos y parábolas.

Los Gnósticos, quienes se creían los únicos cristianos capaces de entender la mente de Cristo por ser ellos los iniciados en los misterios y en la ciencia, dividieron la sociedad en tres clases: sárquicos o carnales, psíquicos y espirituales. Los primeros formaban la gran masa humana incapaz de per-

cibir las cosas del Espíritu; los segundos podían entender en parte, pero no lo suficiente para conocer los misterios; pero los últimos eran los pocos electos que podían penetrar todos los secretos y toda ciencia. A la masa no se le reconocía el derecho de gustar lo espiritual porque no tenía paladar para ello. La clase de los filósofos y de los medianamente intelectuales eran los únicos que podían ganar la salvación.

Como procedían los Gnósticos, la clase intelectual y que incluía muchos de los filósofos convertidos al Cristianismo, así proceden nuestros filósofos de hoy. Ellos creen que la gente sencilla está incapacitada para entender las cuestiones filosóficas, y que no importa cuántos esfuerzos se hagan, la masa nunca logrará percibir los grandes y profundos pensamientos filosóficos. Es quizá por eso que nos topamos a veces con jóvenes que cuando hablan de filosofía parece que no están hablando en lenguaje humano sino en la lengua de los dioses, y se expresan de tal manera que ni los que hemos arañado en la superficie de la filosofía somos capaces de entenderlos. A veces temo que los que así se expresan, ellos mismos no entienden lo que están diciendo, y ocultan su ignorancia tras la cortina de humo del lenguaje que usan.

Sócrates tuvo que convencer por medio del diálogo a muchos jóvenes que se educaban en las escuelas sofistas de la época, que la dialéctica que se les había enseñado les serviría quizás para ganar la subsistencia defendiendo a los acusados ante las cortes, pero que no les serviría de mucho para comprender la vida y gozarla, ya que ellos mismos no estaban entendiendo lo que expresaban. Era menester que dieran sentido preciso y exacto a los términos que usaban a fin de que ellos estuvieran en condiciones de hacer a otros entender lo que ellos les hablaban. Una vez que Sócrates convencía a sus interlocutores de la ignorancia en que estaban, ya creía haberlos iniciado en la filosofía.

Hemos leído que Sócrates hizo descender la filosofía de las nubes para que habitase con los hombres. Es decir, que el

gran maestro de Platón consideraba la filosofía como algo que necesitábamos para nuestra vida diaria, y no que pertenecía a una esfera fuera del alcance de lo práctico.

En estos últimos días ha aparecido una filosofía que se ha denominado pragmática por algunos de sus sustentadores y que tiende a poner este tesoro hasta hace poco escondido y negado a muchos, al servicio de la humanidad entera. ¿Para qué sirve la filosofía?, preguntan. Y así ellos contestan: Es un instrumento que debe servir a la sociedad para orientarla y ayudarla a resolver sus problemas de modo que como resultado de su aplicación podamos producir un mejor orden social. La filosofía, pues, tiene valor instrumental. Juzgamos lo que vale por sus efectos en la vida del individuo y de la sociedad. Una filosofía que degrade e impida el desarrollo de la personalidad humana no puede considerarse buena. En el grado en que ella promueva los intereses y el bienestar de toda la sociedad incluyendo al individuo, naturalmente, en ese grado es buena y en el grado en que deje de hacer eso, en ese grado es mala. En una palabra, la filosofía debe juzgarse por las consecuencias que ella traiga al individuo y a la humanidad. ¿Por qué creemos que la democracia como organización social es superior a cualquier otra organización? Porque en esa organización es donde el individuo llega a alcanzar su máxima estatura intelectual, moral, artística, etc. Es allí donde todos y cada uno encontramos el ambiente propicio para el desarrollo de todas nuestras capacidades y el uso de esas capacidades para desempeñar eficientemente nuestra función social. Si eso es mera especulación, entonces tendríamos que dar a este término una connotación distinta a la que en la actualidad le damos. Porque es una especulación intelectual que nos orienta constantemente hacia una vida más abundante.

El doctor John Dewey, uno de los representantes más destacados de la filosofía pragmática en el día de hoy y uno de los campeones del procedimiento democrático en la educación, ha hecho descender la filosofía para que habite con los hombres, a semejanza de Sócrates, convencido como está de que

ella puede contribuir a levantar el nivel individual y social a planos superiores de vida o puede ser factor que hunda a la humanidad en la desgracia. La filosofía adoptada y defendida por Dewey está muy bien expuesta en su obra "Democracy and Education" (La Democracia y la Educación). Cuando el pueblo esté preparado para actuar democráticamente sus problemas sociales, económicos, políticos, religiosos y de cualquier otra índole podrán ser resueltos fácilmente, pues su solución será el resultado de la cooperación inteligente de todos. El individuo que enfoca y aprecia la vida desde el punto de vista democrático y se conduce en todo orientado y dominado por esa filosofía podrá vivir una vida más rica mientras enriquece y fomenta la vida de otros.

Para no hacer este artículo demasiado largo y cansar a mis lectores, voy a darles un concepto sencillo y claro de lo que entiendo por filosofía: el eje alrededor del cual gira toda nuestra experiencia y toda nuestra vida. Al decir Jesús: "No he venido para ser servido, sino para servir y para dar mi vida en rescate por muchos" expuso de manera inconfundible la filosofía de su vida. Esta giraba toda alrededor del servicio a otros. Se complacía en agrandar y en buscar el bienestar de otros. Había venido para elevar a los mansos y a los humildes de corazón. No pensaba en buscar lo suyo, sino lo que redundase en provecho de los demás. Valoraba las cosas y las instituciones por el beneficio que ellas presentasen a los hombres y por la clase de servicio que les rindieran. Esta filosofía que usa el servicio como norma para juzgar el valor de toda experiencia es la que sirve de inspiración y guía en el día de hoy a los que le hemos conocido y estamos empeñados en hacer su voluntad.

Es la filosofía la que nos capacita para juzgar valores y la que determina la clase de individuos que somos. Fichte decía, y con sobradísima razón, que "La selección de la filosofía de uno, depende de la clase de hombre que uno es". En este caso Jesús seleccionó la filosofía del servicio desinteresado a los hombres, porque El procedía de Dios y por consiguiente an-

helaba como El el rescate y emancipación del hombre y con el hombre de todas las criaturas.

Los que colocan la filosofía en la región de lo abstracto y trascendente, fuera de todo contacto con la realidad y de la experiencia diaria, están cometiendo un grave error, ya que nada debe ser más práctico y estar en más íntima relación con nuestro diario vivir que lo que nos sirve de norma para apreciar la totalidad de nuestra experiencia. Si preguntamos a una persona cualquiera qué fin ella persigue en la vida, la contestación a esa pregunta nos permitirá descubrir la filosofía que esa persona sustenta. Quizá ella desprecia y no quiera saber de la filosofía; sin embargo, tiene una filosofía de la vida que le sirve de inspiración y guía en toda su conducta y la ha seleccionado de acuerdo con el tipo de persona que ella es.

¿Qué clase de filosofía tienen los que constantemente buscan fomentar los intereses de ellos y de los suyos? ¿Los que todo lo hacen pensando en el provecho propio, y olvidan incluir a los demás en ese provecho, a menos que haciéndolo no reciban mayor beneficio para sí? No se necesita ser un intelectual ni un genio para poder apreciar a los tales y colocarlos en el grupo de los que sustentan una filosofía materialista y epicúrea. Ellos procuran lo que le es provechoso según las normas de juicio que usan para determinar lo que les conviene. Esta en ninguna manera es la filosofía cristiana, la cual piensa siempre en fomentar lo que es bueno para los hombres según la norma divina, la cual no excluye a ninguna de sus criaturas de sus beneficios.

Cada hombre tiene su filosofía. Aun los más sencillos e ignorantes entre los hombres la tienen. Creemos no equivocarnos al decir que de la clase de filosofía que el hombre sustenta depende su salvación o perdición.

Algunos estudian filosofía para hacerse sabios, esto es, para aprender a discernir adecuadamente y seleccionar en su diario vivir aquello que esté en armonía con lo más elevado

que hayamos alcanzado hasta este momento. Es cierto que nuestra norma está modificándose constantemente a medida que aumentamos en conocimiento y adquirimos un mayor caudal de experiencia, pero siempre actuamos conforme a lo que consideramos ser lo más selecto y más noble.

Si nuestra filosofía nos capacita para reconstruir nuestra experiencia a la luz de nuevas experiencias que adquiramos, y si acoplamos la nueva experiencia a la totalidad de nuestro anterior cuerpo de conocimientos de modo que hagamos un todo bien compaginado entre sí, estaremos de esta manera educándonos adecuadamente. Cada acto consciente en nuestra vida debe ser el resultado de la filosofía que sustentemos, y la filosofía que nos oriente debe ir creciendo y desarrollándose según vayamos avanzando en experiencias y conocimientos.

Estudie los sistemas filosóficos, no para hacer gala de su habilidad, para recordar y organizar bien los datos aprendidos en los libros o en el salón de clases, sino con el fin de usted formular su propia filosofía, a fin de mejorarse y ponerse en condiciones de proceder en tal forma que su medio y los individuos que le rodean se transformen a la imagen y semejanza de Dios. Esta clase de filosofía no es para distinguirnos como sabihondos e intelectuales, sino como artistas del carácter propio y ajeno.